

AMB, 75, 9, 8

★ Cuentos

La Mortaja

De MIGUEL DELIBES

EN esta serie de cuentos del prolífero autor español, escritos entre 1948 y 1963, se halla el germen de muchas novelas posteriores. Los relatos resumen la temática de su obra: los ambientes rurales, el interés por los personajes simples sin complicaciones intelectuales, por las etapas indefensas de la vida, la niñez y la ancianidad, por los momentos cruciales, el dolor y la muerte. También aparecen episodios de caza, escenas favoritas de Delibes. El autor se caracteriza por la sobriedad con que describe situaciones de hondo dramatismo: sabe que no hay necesidad de cargar las tintas para hacer notar que detrás de la tranquila charla del matrimonio ("La fe"), se oculta el miedo al sufrimiento y a la muerte, o que una banal cena de Navidad esconde una tristeza profunda disimulada por una aparente alegría.

A veces la narración recurre al monólogo para dar una visión íntima del personaje: "El amor propio de Juanito Osuna" es algo más que la descripción de un egoísta, es una aguda sátira social al mundo de los que gozan de la vida fácil. En "El sol", Delibes traza el paralelismo entre dos muchachas,



la que barre las carreteras envuelta en una nube de chales y la que viaja en un raudo automóvil hacia el mar; situaciones sociales distintas pero fines idénticos: seducir al sexo opuesto.

Los elementos empleados en estos cuentos, la procesión, el besugo de Nochebuena, la presencia familiar de la muerte son hispánicos, es cierto, pero su alcance es universal porque cuadran al hombre de cualquier latitud. En "La mortaja", la patética orfandad del Senderines logra transmitir la imagen de contenida ternura que el autor se propone.

El prólogo de Miguel Angel Pastor es una valiosa introducción a la lectura de este escritor castellano. (Alianza Editorial, Madrid).

★ r

CLARIN

Buenos

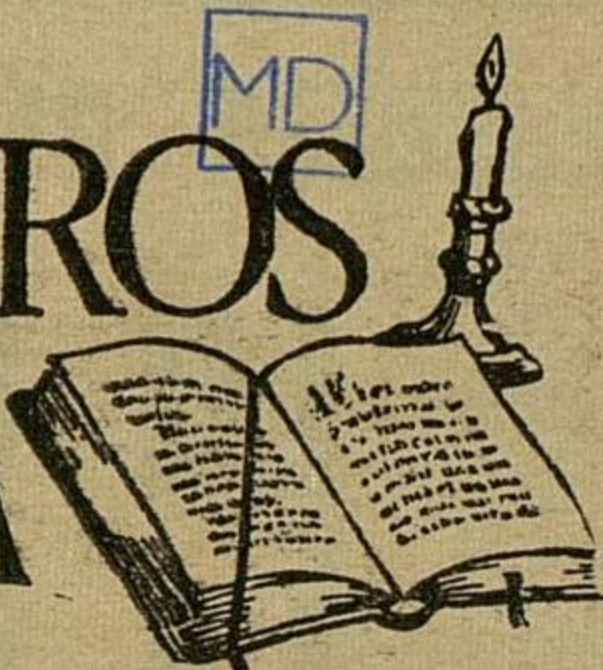
Aires

26/4/70

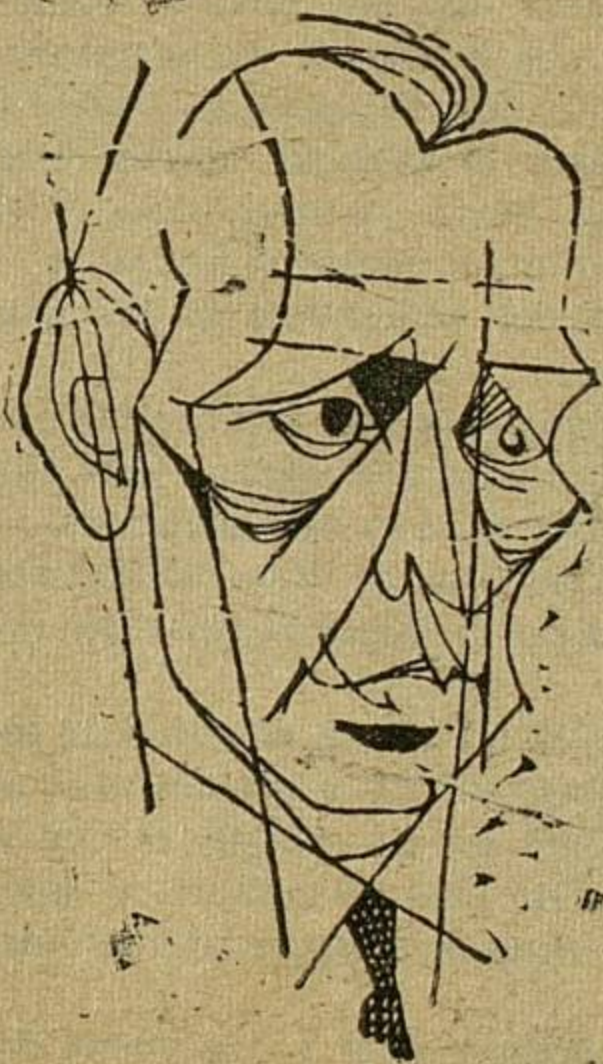


FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

LOS LIBROS AL DÍA



“LA MORTAJA”, cuentos de Miguel Delibes



Con uno de los mejores cuentos de la literatura castellana —«La mortaja»— se inicia el volumen de relatos breves de Miguel Delibes que Alianza Editorial ha incluido, con innegable acierto, en su prestigiada colección «El libro de bolsillo». Nueve cuentos, exponente de la calidad que Delibes alcanza también en esta modalidad literaria. Cada uno de éstos cuentos y el conjunto queda definido por las constantes que determinan la obra del gran escritor: el realismo, la ~~suavidad~~ ~~del~~ ~~hombre~~, la naturaleza—«Mi propensión a la naturaleza es innegable», ha dicho Delibes—, la ternura, el humor incluso, todo ello a través de una prosa

admirable, templada como sólo él sabe hacerlo, inmersa en el castellano más terso y definidor. Nueve cuentos modelos en su género, agrupados en un enjundioso volumen.

ya**LAS LETRAS**

MD

EL LOCALISMO

Glos

ALFONSO Grosso ha hablado recientemente en Cádiz de una posible novelística andaluza. Los Grosso, Caballero Bonald, Barrios, etc., pudieran constituir un renuevo de la novela andaluza, que tiene nombres muy vigentes en nuestra historia literaria, y otra rama de narradores que llega, por el momento, hasta la "Manuela", de Manuel Halcón. Naturalmente, esta novela andaluza que se debate entre los más jóvenes, esta nueva novela, no tiene nada que ver con el localismo, el tipismo, el costumbrismo, el nacionalismo pequeñito, etc. Si puede hablarse hoy de novela andaluza, gallega o castellana es sólo a efectos sociales, de denuncia de los males de las regiones correspondientes.

Vemos así cómo el localismo antañón ha cambiado de signo. El localismo tradicional, todavía ejercido por algunos autores vivos, supone siempre un conformismo respecto del lugar cantado. ¿Por qué es localista Mesonero Romanos y no lo es Larra? Por el conformismo. Del mismo modo, nuestra novela ha pecado muchas veces de localista, mientras que la novela hispanoamericana actual, tan localista geográficamente, no lo es literariamente. La disconformidad es lo que salva del localismo. El localismo no es una cuestión de geografía,

sino de ánimo. La complacencia en lo descrito da el localismo. El inconformismo, la denuncia en la descripción, salvan del color local. Por otra parte, la alegría del pueblo es siempre más localista que la pena, por más intraducible. Quien se dedica a cantar alegrías de su pueblo da en localista. Quien conecta con la pena del pueblo, con su dolor, se libera del localismo, porque el dolor es naturalmente universal, traducible a dolor humano general.

Sale en estos días en Alianza Editorial un volumen de relatos de Miguel Delibes. "La mortaja". Delibes, que empezó en el localismo, el costumbrismo, el tipismo castellanos, se ha librado de todos esos peligros gracias al dolor, al inconformismo. Otras regiones, como Andalucía, no han tenido todavía su Miguel Delibes. Ahora que se habla de nueva novela andaluza entendemos automáticamente que se habla de una novela que venga a recordar, estudiar, explicar y denunciar los males de Andalucía, no a complacerse en la feria de abril. Todo localismo, ya digo, es un conformismo. La nueva novela andaluza, la nueva novela española no se salvará del localismo por el cosmopolitismo, sino por la disconformidad, por el dolor.

LA VANGUARDIA

T. I. S. A.
PELAYO, 28
BARCELONA - 1

Barcelona, 7 de mayo, 1970

—
CRITICA DE LIBROS

Comentario aparecido el día Vanguardia-30-4-70-pág. 52 a su libro

LA MORTAJA

LA MORTAJA

Cuentos de Miguel Delibes. — Col. «El libro de Bolsillo», 233. Ed. Alianza, M.

Esta recopilación de cuentos de Miguel Delibes constituye una excelente piedra de toque para el conocimiento de las claves de su obra. Las diferentes fechas en que fueron escritos —entre 1948 y 1963— permiten apreciar tanto los cambios como las invariantes de su estilo y problemática. Algunos de los cuentos contienen, de forma incoada, temas o procedimientos que servirán para posteriores desarrollos narrativos de mayor aliento, o madurez; así en «El amor propio de Juanito Osuna» encontramos una primera tentativa de monólogo interior que prefigura la técnica utilizada años después en «Cinco horas con Mario». Los dos ejes espaciales del mundo literario de Delibes, el campo castellano y la vida provinciana, están casi emparejados en esta selección: sirven de ejemplo «El conejo» y «El perro», por un lado y «El patio de vecindad» y «Navidad sin ambiente», por otro. La capacidad para el aguarfuerte y el costumbrismo social se hace patente en «El sol», y la presencia de lo sobrenatural queda reflejada de manera eficaz en «La fe». «Las visiones» nos revela, una vez más el magistral dominio del lenguaje popular de Delibes. Por último, las cuatro consونات que el propio autor ha reconocido en su obra —la naturaleza, la muerte, la infancia y el prójimo— se conjugan de manera obsesiva en el cuento que da título a este volumen, uno de los mejores relatos cortos de la literatura española contemporánea.



Miguel Delibes

DIARIO FEMENINO
9 mayo, 70

LA MORTAJA, de Miguel Delibes

● El libro comprende nueve cuentos. En todos ellos se pone de manifiesto la maestría del autor. De forma sencilla y atrayente va exponiendo sus historias y el lector se siente llevado por la fluidez de la prosa, sin que en ningún relato decaiga el interés por lo que Delibes va contando. (Allanza Editorial.)



MD

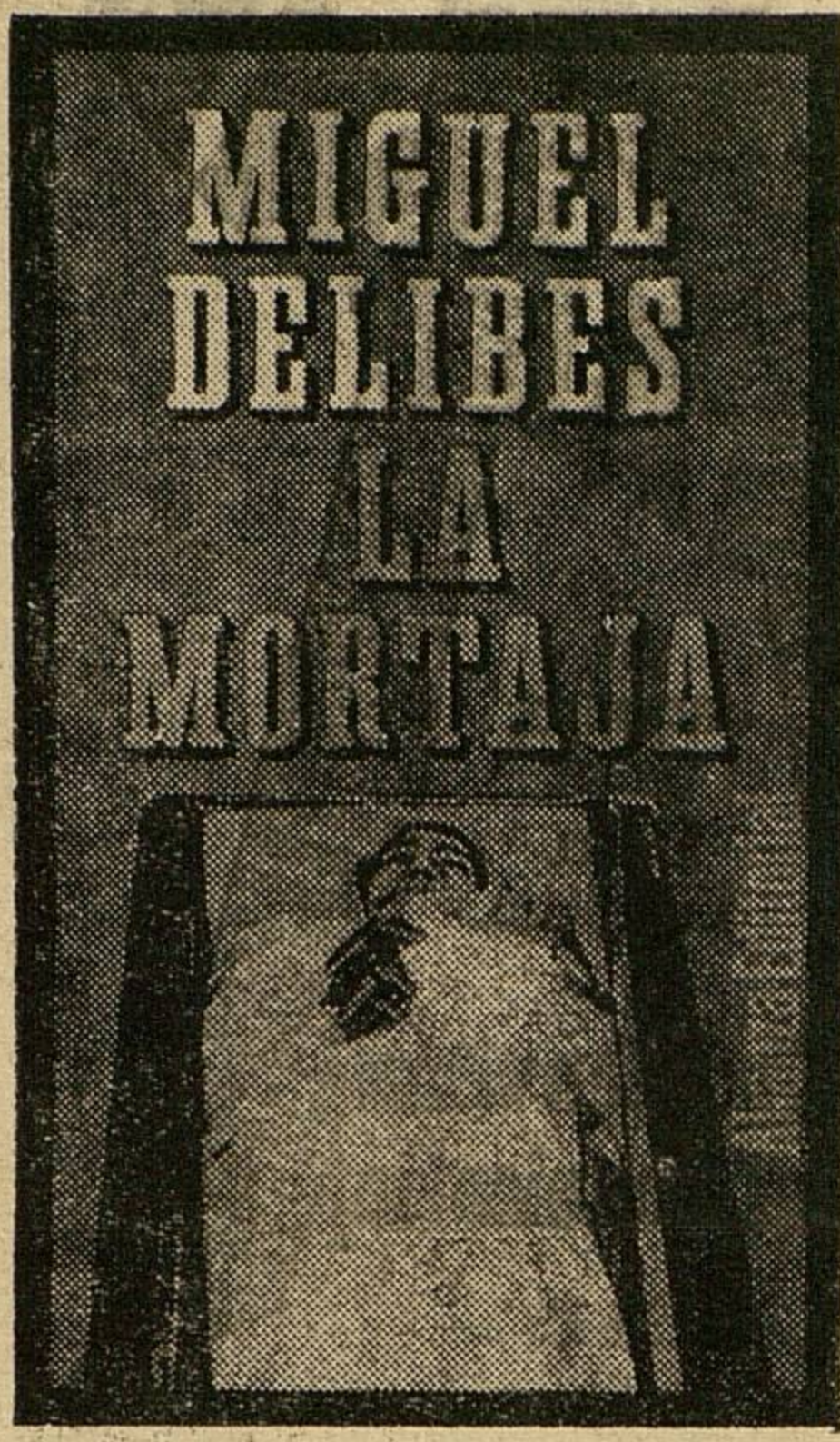
665



MIGUEL DELIBES

PUES tiene razón Baltasar Porcéel. Lo mejor de Delibes está hecho, en efecto, "de gentes, cosas, paisajes, animales y días en la honda Castilla rural, cotidiana, con casas de adobe y un riachuelo escuálido con tres chopos a la vera, donde una noche helada o una ráfaga de pedrisco significaría un año de miseria". Sobre este paisaje así descrito por el escritor catalán, reparemos en unos hombres que viven su vida y sufren su muerte —es decir, que nacen, crecen, trabajan, yacen y procrean y dan al fin con sus huesos en la hoya— sobrios siempre de palabras y de expresión —más

prestos al silencio y a la soledad que a la alquimia de las palabras que las más de las veces ahorran, tal vez por haber dejado de creer en ellas—, y tendremos el dintorno vital en que los personajes de Delibes se mueven. Ellos forman parte de una tierra que en palabras del novelista "recata una grandeza inefable en su misma desolación", y como ella son también sinceros, hostiles, tenaces, nobles... Por eso, para quien no conozca Castilla, quien no haya visto de cerca los pueblos de Castilla, parecerá a veces que Delibes incurre en la caricatura, incluso en el esparpento. Pero no es así. Los seres literarios que Delibes



Por José DEL RIO SANZ

crea, lo son de carne y hueso, hechos de dolor, amasados de soledad y de resignación, de silencio, de austeridad, de trabajo. Por eso, sus palabras —las palabras más bien escasas que estos seres modulan en los apartes de sus silencios incommunicados— son escuetas o íntimas; palabras sobrias como sus gestos, como el paisaje o los paisajes de su meseta, de su campo hirsuto y horizontal, casi arcaizante. Por eso cree Delibes que la influencia en Castilla de los escritores periféricos del 98 —Azorín, Unamuno, Machado: un levantino, un andaluz, un vasco— no es casual. Pues cómo serlo cuando —por lo menos a mí se me antoja así— Azorín Unamuno, Machado, son lo que son no porque ellos influyeran sobre Castilla, sino porque Castilla los hizo así; porque no es verdad que ellos crearan el paisaje, sino que fue el paisaje —Soria, Salamanca, Avila, Segovia— el que los creó a ellos al inducirlos a captarlo, a fotografiarlo en profundidad, es decir, en radiografía. Por eso mismo es Delibes uno de nuestros más caros y más claros escritores de esta hora. La escala vital que Delibes temple —muerte, infancia, naturaleza, prójimo— cobra realidad en sus libros porque el escritor logra reconstruirla, no en el laboratorio de una retórica o de un estilo desconectado con la vida, sino que es la realidad esa misma vida, íntima, simple, profunda, humana y entrañable e incluso hasta irónica, que el escritor traslada a sus descripciones, la que componen y reflejan los miserios y enormes propios personajes que pululan por su obra toda.

Y eso es lo difícil, lo verdaderamente difícil de su oficio de escritor: el captar esa aparente sencillez, ese aparente no hacer nada, no hablar, casi no pensar, casi no vivir, casi no morir de estos personajes que se echaron a andar por el río de sus novelas y de sus cuentos y que a su paso fueron dejando, van dejando una estela de vitalidad, de naturalidad, de esencia, de hombría, de humanismo. Esos seres inmensos que viven sus días en el agujero de su soledad o de su egoísmo, de su desaliento o de su resignación, de la costrosa y simple realidad trágica e inevitable del vivir la vida cada día —necesidad, costumbre, aburrimiento— y sin embargo esconden dentro de sí el dulce fruto de la solidaridad o del desinterés, de la ilusión renovada pese a la lima de los fracasos que mella sus logros; de la ternura que asoma, por ejemplo, en el alma de esos niños que el genio creador del novelista trasplanta y hace vivir como contrapunto también de la sordidez, de la crueldad, de la deleznable ganga, del profundo y desasosegante pesimismo que se enraiza en el hombre porque el mundo es así y como el mundo también la traza de los personajes que marginan las páginas de este escritor. Aunque si bien —y son palabras del propio novelista— "si el campo, lo rural está lleno de vicios, el campesino no es responsable de ello... Los pecados campesinos son; no solo más primitivos que los urbanos, sino también más discutibles. Y a "sensu contraia", la virtud campesina no solo más fragante que la urbana sino también más meritoria..." Con lo que Delibes, como se ve, se inclina por el campo, pues su alma es rural, pueblerina, propensa a lo natural, es decir a la vida natural, a la que la Naturaleza crea y ennoblece. "Todo depende de nuestra actitud ante el paisaje" —dice.

No es este lugar ni momento de hacer un estudio de su obra ni de los modos y moldes del escritor, sino solamente presentar al lector este puñado de narraciones breves que "Alianza Editorial" ha lanzado al mercado del libro y que, con un extenso e interesante estudio sobre el novelista, de Miguel Angel Pastor, nos marca el santo y seña —la señal en concreto, la huella, las motivaciones— los esenciales caracteres de la pequeña narración de Delibes como una participación, como anticipo o génesis, como síntesis previa de otras obras realizadas luego a una mayor escala. Pastor lo refleja en el prólogo antedicho y de ahí qué interés su lectura como nota aclaratoria previa, perentoria necesidad más bien sólo para entendidos, para eruditos, pues el lector común y sencillo no repara sino en la sobriedad escueta, en la expresividad, en los trazos indelebles con que se delimitan los caracteres o se construye el paisaje en que aquéllos han de reflejarse. Así desde "La mortaja" con que se inicia el volumen hasta "Las visiones" con que lo cierra, siempre la visión dolorida, patética diría yo de puro resignada, de estos seres que se enfrentan con su misterio hecho de renuncia, de soledad, de dolor, de tiempo que pasa inflexible, siempre igual, el mismo siempre. Campos de Castilla, pueblos, ciudades de Castilla de alma ahilada como sus hombres marginados en el misterio de la vida, adocenados, sumisos casi siempre, siempre a la espera. Pero intensamente, tremendamente humanos. Llenos de una hombría sin límites y envueltos por el escritor en una inmensa ternura también para sacarlos así, para crearlos y recrearlos, para intentar resolver el enigma que sobre ellos gravita si es que no son ellos mismos el enigma. Seres de carne y hueso, vuelvo a repetir, cuyo pensamiento y voz, cuyo propio lenguaje balbuciente, nos será dado también con la máxima fidelidad por el escritor. Con lo que son tres los grandes aciertos de Delibes: haber creado un paisaje, habitarlo de seres auténticamente reales. Hacerles hablar el habla que les corresponde. Que en efecto, todo estaba allí, en la paramera de la meseta, en la Castilla real, auténtica y lejana, pero que ha sido él, el escritor, quien con la máxima sobriedad pero con un esfuerzo de titán los ha colocado dentro de nosotros rescatándolos de la vulgaridad, del olvido, de la intrascendencia. Convirtiéndolos en universales. Poderes casi míticos. Una vez más, de un puñado de tierra, el genio creador ha hecho al hombre...

"LA MORTAJA". — Nueve cuentos de Miguel Delibes. — Prólogo-estudio, de Miguel Angel Pastor. — Alianza Editorial, 197 páginas. — Madrid, 1970.



RECORTES

31-226 14 76-MADRID-9

CUENTOS DE DELIBES



En "La mortaja" (1), título que recoge una recopilación de nueve cuentos de Miguel Delibes, encuentra el lector un conjunto de relatos que han sido escritos entre 1948-1956. Hay, por tanto, en ellos, una expresiva muestra del estilo evolutivo hacia la gran depuración actual de Miguel Delibes. Un escritor cuya dignidad y voluntad lo consagran en el primerísimo puesto que entre los escritores actuales españoles tiene y merece.

Delibes es un gran cuentista; sabe combinar los elementos que pueden componer un buen cuento —y que difícilmente nadie puede precisar—. Su observación realista y su sobria plasticidad y riqueza de lenguaje, consiguen una forma-fondo admirable.

Quisiera transmitir esa sensación imprecisa y sugerente, esa clave ondulada y psicológica que queda tras la lectura de un libro de narración —que se ha prendido en mí, tras la lectura de este libro—. Una vez más, Delibes me ha sorprendido y disgustado. Me ha sorprendido su estilo, su precisión de lenguaje, su contención poética de ternuras y sentimientos, toda su capacidad de sugerencia, y su pulcritud de escritor, y me ha disgustado, me ha hecho sentirme moleestamente conmovido, su punzante y gris bisturí que disecciona la realidad que escoge en algunos relatos como en la narración titulada "El amor propio de Juanito Osuna", con técnica de monólogo que luego emplearía en "Cinco horas con Mario". Delibes sabe retratar con escalofriante exactitud esa atonía, esa pobreza a ras de la vulgaridad; esa vaciedad insufrible y repelente de ciertos individuos —muchos— de la clase media acomodada provinciana y española.

Luego, está el Delibes pintor de una naturaleza más ancha y sentida; de los Campos de Castilla, del sonido de los grillos cebolleros o: "la cuenca parecía emanar un aliento fumoso, hecho de insignificantes partículas de greda y de polvillo de trigo... a su derecha, el cernicalo aleteaba sin avanzar, como si flotase en el aire, cazando insectos". Este Delibes radicalmente distanciado del bucolismo; porque para él el paisaje es un estado del alma.

"La mortaja", el cuento que abre el libro, es una pieza de antología. "El Senderines" (que podría ser en el caminar el niño de su novela "Las ratas") es un niño singular e inolvidable, viviendo en una libertad triste y recibiendo en sus ojos que no lloran, un golpe patético, el patetismo del niño que contempla en la muerte de su padre la cara de la muerte por primera vez. La radical soledad que encuentra el niño, al comprender que debe amortajarlo, y al encontrar la sordidez y mezquindad del prójimo, el detallismo con que Delibes nos narra estas escenas, es algo tremendamente impresionante. Es la realidad sórdida de la vida, hablando por ella misma.

Hay en otros cuentos, como "El conejo" y "El perro", esa palpación sencilla de comunicación y amor que el hombre siente por los animales, y que Delibes, como cazador, conoce y sabe expresar magistralmente.

El arte narrativo de Delibes no es un arte gratuito. Se puede decir que la realidad que nos presenta siempre está excesivamente localizada, pero de este ahondamiento en lo conocido, en el hombre sencillo y árido, del campo castellano, o de los hombres provinciales y vulgares, Delibes extrae un material de una fuerza y con estilo extraordinario.

ANTONIO SEGADO DEL OLMO

(1) "LA MORTAJA", de Miguel Delibes.—Alianza Editorial, Madrid. 200 páginas.

INFORMACIONES

14 mayo, 1970

MD

MIGUEL DELIBES,
¿DIRECTOR
DE UN PERIODICO
MADRILEÑO?



Es sólo un rumor. Un rumor que llegó hasta nosotros a través de un antiguo miembro de la desaparecida Redacción del diario «Nivel». Y decía así el rumor: «Se está en tratos con Miguel Delibes para traerlo a Madrid para dirigir un diario que tuvo cortísima vida». Sólo un rumor. Hasta el momento no hemos podido verificar su autenticidad. No ha sido posible, por causas ajenas a nuestra voluntad.

Miguel Delibes está también en candelería con motivo de la aparición de un nuevo libro que agrupa nueve cuentos. Se trata de «La Mortaja» (Alianza Editorial). Posiblemente su impacto no sea tan rotundo como la «Parábola del naufrago». En cualquier caso, será motivo de un nuevo encuentro con Delibes.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

MD 665

**Relatos cortos
de Miguel Delibes**

Sobre este último libro de Miguel Delibes, "La mortaja", nueve narraciones cortas, poco más se puede decir de lo que dice Miguel Angel Pastor en un prólogo extenso en el que analiza una a una las narraciones e incluso viene a hacer una especie de radiografía de Delibes escritor, Delibes hombre.

Miguel Delibes ocupa, por derecho propio, uno de los primeros puestos de la narrativa española actual. Desde "La sombra del ciprés es alargada" hasta "Cinco horas con Mario", pasando por "Mi idolatrado hijo Sisi", "Las ratas", o "El camino", entrañable y personalísima, el escritor vallisoletano viene insistiendo en sus puntos cardinales: el campo, la pequeña ciudad provinciana, la muerte, la infancia... Y en esos escenarios —que escenario es la muerte y la infancia— el hombre. El escribe del hombre y de lo que le sucede, con cierto pesimismo esperanzador y significativa y encubierta —velada— conciencia social a través de un montaje de simbolismos que conviene rebuscar en los entresijos de su obra para captar el auténtico sentido.

A Delibes se le ha acusado de escritor localista y no lo es porque sus temas, aunque reiteradamente expuestos en la pequeña ciudad, en el campo, en el localismo expresivo o costumbrista rebasa, en trascendencia, los propios personajes y circunstancias hasta universalizarse.

Narraciones.— La primera de las narraciones del tomo noticiado, la que le da el título, "La mortaja", es, en realidad, un esbozo de novela corta protagonizada por un chico, El Senderines, que viene a ser una especie de antecedente del Nini de "Las ratas", sólo y desnudo ante la naturaleza y ante el drama de la muerte de su padre que no llega a captar en toda su intensidad; tipos como el Pinales, Goyo o Conrado, aún sin perfilar, dejan acusado reflejo de su personalidad.

Los otros relatos son más breves. "El amor propio de Juanito de Osuna", constituye un análisis monológico de la psicología del cazador y, exclusivamente de caza son las narraciones "El conejo" y "La perra", en las que, una vez más, hace patente Delibes su capacidad para tratar temas tan conocidos y entrañables para él como son los del campo y la caza dominados hasta lo más íntimo.

"El sol", con su campesina que quiere estar blanca para que la admiren y su capitalina que quiere ponerse morena a todo trance, también para ser admirada, viene a ser una especie de juego simbólico; en la obra de Delibes, insisto, se encuentra fácilmente un propósito de trascendencia que va más allá de la mera anécdota expositiva.

Seguramente, de los nueve ejemplos del libro, "Patio de vecindad" es el que más se atiene a las características del cuento, no relato. Un auténtico mundo encerrado en breves palabras, en breves comunicaciones que dan una panorámica total del pequeño drama que supone la muerte de doña Jacobita para el radioescucha aficionado que espera, día a día, su charla en ese patio vecinal que es la onda corta. "Navidad sin ambiente" es otro cuento magistral, donde todo ocurre entre líneas y sugerencias y se perfilan con el mínimo empleo de medios los tipos provincianos que crean la historia pasada apenas con media docena de palabras.

Estas narraciones de Delibes están escritas entre 1948 y 1963. Son, pues, bastante viejas y, en algunas de ellas, se puede encontrar el germen de novelas posteriores ya publicadas. Como si en cierta forma hubieran constituido apuntes para mayores empeños.

"LA MORTAJA", de Miguel Delibes. Alianza Editorial, 179 páginas. Madrid, 1970.



RECOPI

S. A.

O'DONNELL, 27.-Teléfs. 225 95 61-226 14 76-MADRID-9



Además, Delibes con nueve cuentos y "al alcance de todos —es decir en Alianza Editorial— oculto bajo un macabro título: «La mortaja». Y con las mismas constantes, características, temas y estilos que lo hicieron tan popular en el mundo de nuestras letras. Los cuentos están escritos entre 1948-1963 y es fácil rastrear los itinerarios de la escritura delibiana; sus zig-zags, sus pausas, sus despistes, sus invariantes, sus tropiezos y obsesiones. Delibes es un autor importante y ya va siendo hora que sobre él se escriban cosas serias; tengo conocimiento de que en la Universidad de Oviedo se está realizando una tesis doctoral sobre dicho autor y puede ser éste un buen comienzo.



DELIBES, Miguel: **La mortaja**. 197 págs. Pésetas 50.

Nueve cuentos, escritos entre 1948 y 1963 y prologados por Miguel Angel Pastor, forman este volumen. Pero no se trata sólo de una antología, sino de una evolución literaria, tan clara y ascendente, que posiblemente tengamos en ella la clave del proceso estilístico y literario que ha seguido Delibes desde sus inicios para llegar a convertirse en uno de nuestros escritores más destacados en la actualidad.

SORIA, HOGAR Y PUEBLO
5 junio, 1970



ALIANZA EDITORIAL

De magnífica puede ser calificada la labor de Alianza Editorial de Madrid, tanto por el número de títulos que constantemente lanza como por el interés de los mismos. Enre sus últimas publicaciones merecen destacarse la obra de Manuel Chaves Nogales: «Juan Belmonte, matador de toros», de interés para los aficionados a la Fiesta. En ensayo es importante la «Introduc-

ción a Ortega» de Paulino Garagorri, uno de nuestros más agudos pensadores cuya obra sirve al necesario propósito de ordenar algo de la dispersa y rica obra de don José. Y en creación literaria dos, digamos, antologías de relatos. De Miguel Delibes «La mortaja», notable para seguir la pista al vallisoletano, maestro en este arte del relato breve, del cuento. Y desde América una inestimable: «Narrativa Mejicana de hoy». El prólogo de Emmanuel Carballo arroja mucha luz sobre la situación de la prosa mejicana actual y la antología está muy bien hecha, recogiendo desde un Rulfo o Fuentes hasta un Zepeda o Elizondo, sin olvidar a Revueltas, por cuya narración «La palabra sagrada» ya merecería la pena el libro. Y... otro día comentaremos con extensión «El fondo del vaso» de Francisco Ayala, al que poco a poco vamos recuperando.

BLANCO Y NEGRO

Núm. 3031
- 4 JUN. 1970
Dia de de

LA MORTAJA, por Miguel Delibes



Entre 1948 y 1963 escribió Miguel Delibes estas nueve narraciones que ahora se encierran en el volumen de Alianza Editorial. A través de los relatos puede seguirse una auténtica trayectoria estilística del escritor castellano y algunos de ellos anticipan la temática de obras posteriores y mayores, como «Cinco horas con Mario». Pero, aunque es plausible un cierto cambio formal, en Delibes siempre hay una constante: el realismo aguzado en la descripción de los tipos, el regusto por las costumbres y maneras de hablar rurales —hasta el punto de que el novelista lleva a cabo una auténtica labor de recuperación y crisol de los lenguajes arcaicos de Castilla—. Y, sobre todo, el interés por el hombre, entendido como prójimo enraizado en un ambiente muchas veces hostil (2).

EL MUNDO DE LOS LIBROS

Escribe
Dámaso SANTOS



UNA LINEA ESPECIAL DE NUESTRA NARRATIVA:
CELA, ALDECOA, DELIBES

Si tuviéramos que trazar en nuestra narrativa una línea de especial significación en la que cada autor se ha producido con independencia, pero respondiendo a una misma intención, desde una misma base y con parecida evolución, tendríamos que jalonarla con estos tres nombres: Camilo José Cela, Ignacio Aldecoa y Miguel Delibes.

No hay por qué negar a Cela la prioridad. Seguramente que cuando Cela dice que su Pascual Duarte hizo los mismos estragos que el «Romance gitano», de Lorca, no podía referirse a ninguno de los otros dos mencionados. De los mismos estragos podía hablar —y yo he hablado— Gabriel Celaya en la lírica. Por primera vez —digo por primera vez— se produce con Cela en España una narrativa que parte del len-

guaje y los sentimientos del pueblo. Esto es lo que este gran epigono del 98, de Valle Inclán, de la picaresca, de los esteticismos, incluso, de los años treinta, consigue con sólo acercarse al lenguaje popular y paladearlo. No niego todo lo de libresco —todo nuestro Siglo de Oro y demás— que haya en su esfuerzo. No niego, incluso —y a lo mejor lo he dicho antes— que probablemente hubiera en este gesto de genial «epater le bourgeois», de salirse, como él diría, por peteneras. Pero el lenguaje, fielmente atendido, da estos resultados: el Cela seguramente esteta —o no tanto— resulta el primer escritor en lengua española que deja a un lado todas las casacas o las insignias o las ideologías para hallar en el lenguaje popular el primer paso para entender al pueblo español.

bién en autores norteamericanos?) Lo que Aldecoa se propuso es llegar a protagonizar al pueblo—hombre a hombre—lejos de todo costumbrismo, contra el costumbrismo. (Su honradez vascongada era hermana de la de Zuzunegui.) Yo diría que los tres mencionados fueron la gran venganza, la morosa venganza, la venganza inteligente de aquella retención del desarrollo de nuestra novela en el siglo XIX—tan exactamente descrita por Antonio F. Montesinos—por la torpeza y pereza costumbrista. Con las armas de una estética seria y profunda que no quisieron advertir los que tenían prisa por el documento, la denuncia social política y todo aquello.

DE Miguel Delibes tenemos ahora «La mortaja» (Alianza Editorial), que reúne varios cuentos escritos entre 1948 y 1963. Dice muy atinadamente su prologuista, Miguel Angel Pastor, que en ellos se prefiguran o temáticamente o formalmente algunas novelas de después. Habla de cierto esperpentismo en Delibes. No. Lo que Delibes tenga de esperpéntico es para bien y para mal, celismo (con lo que Cela tenga de esperpéntico). Yo creo cada vez más que Cela le sirvió a Delibes para libertarse del corsé con que apareció en «La sombra del ciprés». Había que atreverse. Si él era cazador y conocedor del lenguaje de su tierra, por qué no sacarle todo el jugo con desenfado. Tampoco fué determinado Delibes por compromisos —aunque después ha querido ponerse ese barniz—. Fué determinado por su religiosidad, por su sencillez humana, por su liberalismo, por la posguerra, por su toma de conciencia, porque se encontró en esa tremenda enrucijada —la de «El camino»— en que adorando lo real idílico del pueblo (frente a la ciudad) veía a la vez el atraso del pueblo y la potencia sin destino de ese pueblo. Abierto el camino —el de Cela digo—, ya todo era coser y cantar: escribir como le salía del corazón y la boca habituada. En estos cuentos late ardentemente el mejor Delibes.



LOS del 98, los modernistas, ni lo olieron. Y diputado importantísimos todos sus merecimientos y reconozco y señalo todas las influencias que tuvieron en Cela. Cela fué a ese toro con humor. Y con lirismo. Con, si se quiere —aceptando el término de Marañón—, «siniestrismo» solanesco. Con Ciro Bayo y todo. (No puedo poner, no puedo, al artificioso Eugenio Noel. Ni siquiera a Parmeno con su «Cintas rojas», que se ha señalado como antecedente muy claro del Pascualillo.)

HAY que pensar en otras influencias (clásicos aparte) decisivas: los escritores norteamericanos (¿en qué medida los había leído Cela: Dos Passos, etcétera) y el unanimismo de Jules Romains, y los rusos: el Gorki, por ejemplo, que Cela y yo leíamos de anteguerra en la colección Universal y otras traducciones. Lo que fuera. Lo cierto fué que Cela llegó a hacer protagonistas no pintorescos, no arnichianos —y conste que Arniches rozó la cuestión, y en alguna manera los Quintero, y si se me apura Muñoz

Seca—, sino interesantes por sí mismos a los desvalidos, a los frustrados, a los niños, a los tontos, a los listillos, a los humillados, a los ofendidos, a los esperanzados, a los ilusos, a los engañados, a los de pueblo, a los de ciudad, a los de los oficios, a los sin oficio, a los moros, a los judíos, a los cristianos... y todo esto después de una guerra civil. Se habló de tremendismo y hasta se pidió un «¡basta ya» que habría de recoger José María Castellet en sus inolvidables «Notas sobre literatura española contemporánea». Todo esto no tendría nada que ver —aunque en muchas cosas coincidiese— con el realismo social que vino después ni con el de antes de «El cuento semanal». (Igual ocurriría en poesía con «Hijos de la ira», de Dámaso Alonso.)

QUIERO decir que la posguerra produjo por sí misma —sin determinaciones ideológicas concretas a la hora de escribir— la ocasión, el interés por esta veta pura que descubrió Camilo José Cela. (Habría que indagar detenidamente los antecedentes, que explora Eugenio de Nora en el realismo que nadie atendió de anteguerra: Sender, Carranque, etc.)

Hay motivos para hablar de Cela ahora. Ha publicado —pero hablaré otro día— su «María Sabina». También hablaré del tomo reciente de sus obras completas que con «La colmena», «Mistress Cadwell» y «La catira» ha publicado por Destino. También está a punto de aparecer en Novelas y Cuentos una edición coherente —sobre la que he trabajado mucho— de relatos suyos recogidos de aquí y allá —pero con la línea que nos interesa— titulado «Timoteo el incomprendido y otros papeles ibéricos» y tengo en las

manos —porque me han mandado la colección de repente— su libro en R. TV.-Salvat que encabeza con su célebre relato «Café de artistas».

YO creo que Aldecoa hubiera sido Aldecoa sin Cela. Pero Cela abrió el camino y tal vez el atrevimiento. Nada más lejano. Aldecoa no tenía nada de humorista. Cuando alguna vez incurrir —y yo se lo señalé— no le sale la caricatura. Venía de la poesía lírica y dió con el cuento. El cuento realista. Pero en su realismo ha sabido siempre —en toda la extensión del sufrimiento, como diría Alberti con un gran pintor— la voluntad de exactitud, de precisión de lenguaje, de retener por su caligrafía con los mejores toques estéticos la atención para esas criaturas que año tras año fueron coro, costumbrismo, pintoresquismo. (¿Habrá que pensar tam-



"LA MORTAJA"

de Miguel Delibes

Cuando recensionamos, hace algo más de un año, "Viejas historia de Castilla la Vieja", ya tuvimos oportunidad de considerar la finura literaria de Miguel Delibes. Y ahora, con la aparición de los nueve cuentos que componen este libro, encabezados por "La Mortaja", nuevamente hemos apreciado su brillante estilo.

Estos breves relatos, aunque totalmente independientes entre sí, revelan la constante humanística del autor, su íntima compenetración con el ambiente, a veces señorial, pero frecuentemente llano, pueblerino. En la mayoría nos da una muestra de amor, comprensión y acercamiento hacia el prójimo.

Delibes nos muestra, a través y a lo largo de su ya dilatada producción, cómo pueden relatarse, extraordinariamente bien, las múltiples facetas de la vida cotidiana, con un lenguaje envidiable, a la altura de las personas que sólo disponen de una cultura vulgar.

Razones, unas y otras, que hace de LA MORTAJA (*) uno de los mejores volúmenes de relatos cortos aparecidos en nuestro país.

(*) Alianza Editorial. Madrid, 1970. 204 págs. 50 ptas.



Ultimas narraciones de Delibes



Aunque sólo fuera por *El sol*, un cuento corto, pero lleno de múltiples palpitations, este volumen de narraciones de Miguel Delibes, presentado con el título de *La mortaja*, la primera y más extensa de las nueve reunidas, merecería un lugar destacado entre la última producción de nuestra literatura creativa.

No trata Delibes de renovar su habitual fórmula narrativa. Sus cuentos son como pequeños retazos de vida cotidiana, que la habilidad del escritor expresa con singular afecto lírico. No falta nunca tampoco ese matiz crítico, tan característico del novelista, que censura los tonos crueles y mecánicos de una sociedad que disuelve en su tráfico los valores espontáneos y puros. El hombre de Delibes, el protagonista de sus narraciones, el personaje que se repite siempre, aunque con múltiples ropajes, es un hombre interior, pacífico y reflexivo, preocupado por el sesgo negativo de una industrialización que impide la solidaridad natural de las personas e impone barreras a la comunicación íntima y al sentimiento.

Los ocho cuentos del volumen son idénticos. No así *La mortaja*, narración corta que inicia y da nombre al compendio, donde *El Senderines*, el niño protagonista del relato, vive, ante la muerte de su padre, una incipiente soledad, que no puede compartir ni alcanza a comprender.

"La mortaja". Miguel Delibes. Alianza Editorial. Madrid, 1970.

16/XXXVIII

Lecturas

Por Luis HORNO LIRIA

667 MD
"La mortaja" y otros relatos, por Miguel Delibes. Con prólogo de Miguel Angel Pastor. Vol. 233 de "El libro de bolsillo" de Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1970.

El primero de estos cuentos, incluido anteriormente en "Siestas con viento sur", es una impresionante demostración de la enorme fuerza de voluntad que puede desplegar un niño cuando la vida y las gentes le son adversas. Ese "Senderines" de Delibes, empeñado en que su padre, muerto ya, tenga velorio, no se quede solo, abandonado de todos como lo está ya él mismo, es un chico que se impone a todos por su tenacidad y que se graba para siempre en nuestro recuerdo. Como también lo consiguen los demás personajes de los otros cuentos: tal ese Juanito Osuna, a quien todos envidian y critican entre amargas, viperinas alabanzas; o esos radioaficionados que intercambian consuelos en sus comunicaciones intercontinentales al través del éter, como si estuvieran —y, en cierto modo, lo están— en un "patio de vecindad" cualquiera. O esos otros niños absortos por la muerte de un conejo. O ese torpón marido, tan solitario, tan abandonado, en su visita de día festivo a su hospitalizada esposa... Personajes cotidianos, que están ahí y que Delibes pone en pie, rebosantes de la humanidad que tienen y que nosotros no sabemos apreciarles. Delibes les hace hablar y vivir en ejercicios de expresión y de estilo magistrales. Cada relato es un primor y un paso dado hacia adelante por un camino distinto que, luego, habría de desembocar en muchas de sus novelas posteriores. Están presentes en el libro, como siempre en Delibes, los animales y el paisaje: perros, pájaros, conejos, campos abrasados o escarchados, luminosos o densos en la obscuridad temerosa de las noches. Se respira aire libre en estas páginas, pero también, otras veces, condensado hedor de habitaciones poco ventiladas, como viviendas que están por gentes que no tienen más calor que el que ellos mismos se dan. Poca cosa parece ser un relato, breve cosa; pero cuando quien lo escribe o quien lo cuenta conoce su oficio y siente como nuestro autor, el resultado es de absoluta, categórica maestría. Estoy seguro de no exagerar al decir esto, y querría que mis lectores se ofreciesen la satisfacción de comprobarlo por sí mismos. No les pesaría.



Nueve cuentos de Delibes

La mortaja (Alianza Editorial) es una recopilación de nueve cuentos de Miguel Delibes, nueve cuentos que constituyen una excelente piedra de toque para el conocimiento de las claves de su obra. Las diferentes fechas en que fueron escritos —entre 1948 y 1963— permiten apreciar tanto los cambios como las invariantes de su estilo y problemática. Algunos de los cuentos contienen temas o procedimientos que servirán para posteriores desarrollos narrativos de mayor alicio o madurez. Los dos ejes espaciales del mundo literario de Delibes, el campo castellano y la vida provinciana, están casi emparejados en esta selección. En estos cuentos se observa la capacidad de Delibes para el aguafuerte el costumbrismo social, su magistral dominio del lenguaje popular y otras constantes que caracterizan su obra.



REGION / Oviedo

21 junio, 70

MD

Algunos de los últimos títulos de Alianza Editorial, colección El Libro de Bolsillo.

DELIBES.—“La Mortaja”, —siete narraciones—, de Miguel Delibes, con prólogo de Miguel Angel Pastor, el cual trata de las narraciones reunidas en este tomo, y de Delibes como escritor, a partir, sobre todo, de las manifestaciones del propio novelista en lo referente a lo que considera como condiciones innatas en cuanto a su manera de expresarse, o los entornos preferidos para el desarrollo de su literatura.

23 JUN. 1970

Fecha _____

PROA LEON

NOTAS BIBLIOGRAFICAS
“LA MORTAJA”
DE MIGUEL DELIBES

665

MD

MD

Descubrir a estas alturas al soberbio escritor castellano, sería tan to como descubrir literariamente el Mediterráneo. Dice Miguel Angel Pastor, en su exhaustivo prólogo —que constituye uno de los más completos estudios realizados sobre la personalidad del autor— que en la novelística española difícilmente hallaremos una personalidad tan atrayente. Un hombre en el que el oficio de escribir y los gajes de la popularidad no quebrantan su pro-

verbial sencillez. “Alianza Editorial” ha publicado ya con este, cuatro títulos de Delibes. El que nos ocupa engloba varias narraciones escritas desde sus comienzos hasta hoy. Constituye, por tanto como una antología de relatos —alguno de los cuales sirvió de germen para obras mayores—, que nos dan la fisonomía total del escritor. “La mortaja” es impresionante por su patetismo; “Patio de vecindad” una estampa moderna y rica en cualidades humanas; “El sol” un ensayo vivo y lacerante. Todos, cada uno en su estilo y en sus diversas épocas, responden a las constantes del novelista vallisoletano: campo, muerte, infancia, amor. Y en todos brilla la asombrosa sencillez de una prosa pura, limpia y expresiva, que hoy se estudia como ejemplo de riqueza idiomática en muchas universidades extranjeras.



RECORTES DE PRENSA

repress, s. a.


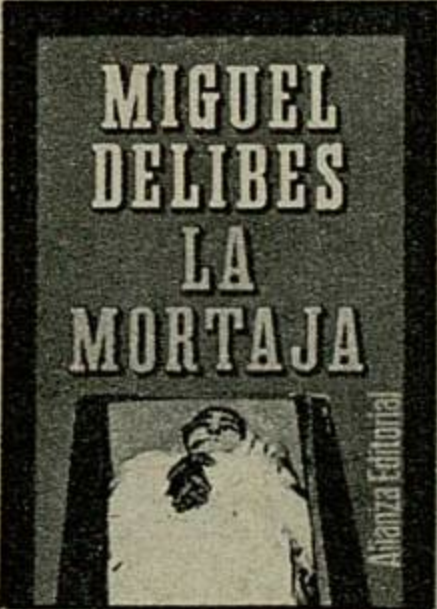
O'DONNELL, 27.-Teléfs. 225 95 61-226 14 76-MADRID-9

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



**«LA MORTAJA», de Miguel Delibes. Alianza Editorial.
Madrid, 1970.**

Esta recopilación de nueve cuentos de Miguel Delibes —cuya maestría para el relato corto quedó de manifiesto en «La partida» y «Viejas historias de Castilla la Vieja», publicadas en esta misma colección— constituye una excelente piedra de toque para el conocimiento de las claves de su obra. Las diferentes fechas en que fueron escritos —entre 1948 y 1963— permiten apreciar tanto los cambios como las invariantes de su estilo y problemática. Algunos de los cuentos contienen, de forma incoada, temas o procedimientos que servirán para posteriores desarrollos narrativos de mayor aliento o madurez; así, en «El amor propio de Juanito Osuna» encontramos una primera tentativa de monólogo interior que prefigura la técnica utilizada años después en «Cinco horas con Mario». Los dos ejes espaciales del mundo literario de Delibes, el campo castellano y la vida provinciana, están casi emparejados en esta selección: sirvan de ejemplo «El conejo» y «El perro», por un lado, y «El patio de vecindad» y «Navidad sin ambiente», por otro. La capacidad para el aguafuerte y el costumbrismo social se hace patente en «El sol», y la presencia de lo sobrenatural queda reflejada de manera eficaz en «La fe». «Las visiones» nos revela, una vez más, el magistral dominio del lenguaje popular de Delibes. Por último, las cuatro constantes que el propio autor ha reconocido en su obra —la naturaleza, la muerte, la infancia y el prójimo— se conjugan de manera obsesiva en el cuento que da título a este volumen, «LA MORTAJA», uno de los mejores relatos cortos de la literatura española contemporánea.

DATOS	AUTOR	TEMA	VALORACION
<p>LA MORTAJA Miguel Delibes</p>   <p>Cuentos. Ed. Alianza Editorial. Rústica, bolsillo, 18,5 x 11. 195 páginas. 50 pesetas.</p>	<p>Miguel Delibes (cincuenta años), vallisoletano, estudió Derecho e intendente mercantil, Catedrático de la Escuela de Comercio y alentador de «El Norte de Castilla», periódico de su ciudad natal. En 1947 ganó el Premio Nadal, y desde entonces su obra ha sido extensa y constante. Cultiva especialmente la narración breve y la novela. Se ha ido afirmando de una forma creciente, y es ahora uno de nuestros novelistas más importantes. Naturaleza, muerte, infancia y prójimo son las cuatro constantes que el mismo autor reconoce en su obra. El rehúye las etiquetas intelectuales.</p>	<p>Es una colección de nueve cuentos, escritos entre 1948 y 1963: el primero, «La mortaja», que da título al libro, es de ambiente rural y narra las dificultades de un chaval que encuentra a su padre muerto y desnudo. Siguen: el monólogo de un cazador humillado, el jubilado que ha encontrado algo más que el remedio a la soledad en sus diálogos de radioaficionado con una cubana, el contraste entre la mujer que trabaja duramente y las féminas frágiles y tontas, la desesperación y la esperanza en una sala de hospital, una Navidad sin ambiente por la mediocridad de las personas.</p>	<p>Delibes ha mantenido la decidida intención de ser universal desde su provincia y de penetrar en el hombre a través de los hombres que le rodean. Por eso no es sólo costumbrista en sus relatos: hay un lamento por muchas vidas que se consumen condicionadas entre estructuras difíciles de remover. «Hay que alumbrar un hombre distinto», viene a decirnos. A veces con pesimismo amargo, aunque no falte la esperanza. Delibes ofrece, como siempre, su dominio de lenguaje popular. Es un libro que yo pondría en manos de cualquiera: hombre o mujer, joven o viejo.</p>

MD
Narrativa corta de Miguel Delibes

DESDE hace ya bastantes años puede afirmarse que una obra nueva de Miguel Delibes es una obra importante. «La mortaja», que contiene varios relatos breves, es la última publicada por el escritor vallisoletano. Hoy me ha tocado hacer su comentario. A mí, que soy amigo personal de Delibes, el encargo me gusta. Y no puedo arremeter con la encomienda sin hacer, aunque sea leve, una alusión al comienzo de nuestra amistad.

Nos conocimos en Bilbao. El acudía a Deusto a dar una conferencia. Yo me trasladaba a la capital vizcaína por otros cometidos. Ambos íbamos acompañados por nuestras mujeres. Decidimos cenar juntos. Lo hicimos en la Parte Vieja. Observé, en la parte posterior de su coche, cartuchos de cazador. Observé que, durante la cena, Delibes sacaba de sus bolsillos diversos frasquitos de farmacia. Su mujer me dijo: «Es un maniático de los fármacos». Delibes, imperturbable, se tomó una gragea porque, según afirmó, le dolía la cabeza. Luego abrió otro frasquito e ingirió una segunda tableta. «La primera medicina me causa sequedad de garganta —dijo, a guisa de explicación— y ésta otra me la quita». Eso dijo.

«La mortaja», dicho quedó, es un libro de relatos. Delibes tiende siempre al relato, es decir, al relato corto. Cuando «La sombra del ciprés es alargada» obtuvo el premio Nadal, uno de los jurados del certamen, el crítico Rafael Vázquez-Zamora, me confesó: «En realidad, se trata

de un largo relato corto». Como quiera que los cuentos contenidos en este volumen se han producido en diversos momentos y años, a veces muy separados entre sí, es difícil buscar un común denominador que pueda aplicarse a todos ellos. Incluso, más que difícil, es inadecuado. Es por ello por lo que nos decidimos a realizar un somero examen de aquellos que, a nuestro juicio, son más significativos.

El relato que presta al volumen su título abre el libro. «La mortaja» es la historia de un niño castellano que, paulatinamente, ha ido perdiendo la estima de su padre por una suerte de miedos y temores que aquél menosprecia. El padre regresa una noche a su casa, bebido como en tantos otros sábados y se inmoviliza allí para siempre. El niño, que nada sabe de que su vida ya se ha extinguido, adivina que algo raro está sucediendo. «Presintió que algo fallaba en la penumbra, aunque de momento no acertara a precisar qué». Luego, la muerte llega al conocimiento del niño, mientras un grillo cebollero y una codorniz en celo cantan en la oscuridad. Pero el muerto está desnudo. Y hay que vestirle. El niño busca en la noche, en los vecinos, en la presencia ocasional de un vagabundo, los elementos para componer la triste mortaja de su padre.

Si las fronteras entre la novela corta y el cuento no fueran —que a veces lo son— tan difuminadas y evanescentes, diríamos que «La mortaja» es una novela corta. En todo caso, es

un relato perfectamente acabado. «El amor propio de Juanito Osuna» es un largo monólogo, pletórico de hallazgos, difícil de ejecutar, lleno de aciertos psicológicos. Un cazador habla de otro cazador que le ha aventajado en una competición y la mala sangre de la derrota le asoma sutilmente en un monólogo en el que, a toda costa, quiere dejar bien sentado que a él, la cuestión no le afecta en absoluto ni hiere en lo más mínimo su amor propio. «El patio de vecindad» es un cuento que apenas mejora el conjunto. Y, así, llegamos a «El sol». Esta narración, muy breve, es tal vez la más perfecta del libro. La cosecha ha sido mala. Las autoridades de una provincia castellana han arbitrado una fórmula para evitar el paro: la construcción de una carretera. Una mujer trabaja en ella, junto a los hombres que aplican el alquitrán.cae, con fuerza, el sol. La mujer se protege de sus rayos, no vaya a ser que, en el próximo baile del pueblo, los mozos se aperciban de que ha trabajado en la carretera. Por ésta transcurren coches. Coches que llevan a las playas del Norte a los veraneantes. Se forma en el relato, entonces, un contrapunto perfecto. La mujer que busca el sol que broncee su piel y aquella otra que huye de sus rayos, se comunican, sin tocarse, en un diálogo lleno de sugerencias. Este nos ha parecido, insistimos, el cuento más acabado de toda la obra.

José María Mendiola
 «La mortaja», de Miguel Delibes.
 Alianza Editorial. Madrid, 1970





LIBROS ABIERTOS

665

"LA MORTAJA", de Miguel Delibes.

Descubrir a estas alturas al soberbio escritor castellano, sería tanto como descubrir literariamente el Mediterráneo. Dice Miguel Ángel Pastor, en su exhaustivo prólogo —que constituye uno de los más completos estudios realizados sobre la personalidad del autor— que en la novelística española, difícilmente hallaremos una personalidad tan atrayente. Un hombre en el que el oficio de escribir y los gajes de la popularidad no quebrantan su proverbial sencillez. "Alianza Editorial" ha publicado ya con este, cuatro títulos de Delibes. El que nos ocupa engloba varias narraciones escritas desde sus comienzos hasta hoy. Constituye, por tanto, como una antología de relatos —alguno de los cuales sirvió de ~~escuela~~ para obras mayores—, que nos dan la fisonomía total del escritor. "La mortaja" es impresionante por su patetismo; "Patio de vecindad", una estampa moderna y rica en cualidades humanas; "El sol", un ensayo vivo y lacerante. Todos, cada uno en su estilo y en sus diversas épocas, responden a las constantes del novelista vallisoletano: campo, muerte, infancia, amor. Y en todos brilla la asombrosa sencillez de una prosa pura, limpia y expresiva, que hoy se estudia como ejemplo de riqueza idiomática, en muchas Universidades extranjeras.

"HISTORIA PARA UNAS MANOS", de Juan Bonet.

El escritor mallorquín constituye otra demostración palpable de que pasaron aquellos tiempos en que era preciso vivir en Madrid para tener éxito. Desde Mallorca ha ido produciendo una serie de obras que sobresalen por su mezcla de ternura e ironía, matizadas por una prosa fluida, a ratos melancólica y siempre rica en matices expresivos. Una obra que ha sido ya traducida a varios idiomas. En esta agudeza crítica y regusta, agrídulce un trozo de su vida infantil por los años treinta, en Palma. Sus personajes son auténticos y están creados bajo aquella "nostalgia de la mar y del colegio", de que habló Alberti. Hay algunas escenas de profunda emoción. Y en todas las páginas, soltura y calidad.

"INFORME SOBRE EL CÁNCER EN ESPAÑA", de Joaquín Latorre.

La enfermedad terrible, la que todavía no cuenta con remedio eficaz, preocupa a este joven autor, que ya obtuvo bastante éxito con otro informe anterior sobre "Los españoles y el sexo: el mandamiento". Ediciones 29 nos

ofrece este interesantísimo estudio realizado después de bucear en las causas del cáncer, de hablar largamente con médicos, pacientes e investigadores prestigiosos. La lista es amplia y la documentación y las opiniones que se ofrecen, de primerísima mano. Hay algo positivo. Del temor se va pasando a la esperanza y no parece aventurado decir que la gran amenaza será atajada durante el reinado de la generación actual sobre el mundo. Un valioso testimonio que demuestra cómo la Oncología puede encontrarse pronto la meta deseada.

"EL CHICO DE 12 A 15 AÑOS", de Pierre Galimard.

La preadolescencia es una de las edades más difíciles, por sus matices e inquietudes de toda índole. Cuando se deja de ser niño, el mundo se presenta con su complejidad, sus misterios y sus mil diversas incitaciones. Sueños, proyectos, ideas, van configurando la personalidad. El profesor Galimard penetra a fondo en todas estas cuestiones y en el libro de Marfil nos ofrece una larga documentación —muy útil a padres y a maestros— sobre las crisis, la incertidumbre, los conflictos y las transformaciones en esa edad clave.

"EL HORIZONTE Y LA ESPERANZA", de José María Pemán.

Hay tres cosas que a Pemán, tan discutido, no se le pueden negar: su fecundidad, su salero gaditano y su capacidad para pulsar los acontecimientos, para acomodarse a los tiempos y captar las corrientes modernas. De todo ello hace gala con creces, en esta novela de Prometeo, que obtuvo el premio "Blasco Ibáñez". Hacia años que no publicaba una obra de este tipo. Ahora vemos que el galardón le fue otorgado bien merecidamente, aunque él tuvo después la gentileza de renunciar a la dotación económica para que con ella se editara la novela finalista. Hay en la obra una descripción realista de la juventud de hoy, como no la ha logrado hasta ahora en nuestra narrativa ningún autor joven. Primero Cádiz, con su catástrofe en unas páginas dramáticas; y luego, en torno a ese espléndido tipo femenino que es Nisia, el ambiente estudiantil madrileño y el de la publicidad, con sus ansias, sus ilusiones, su picaresca y sus rebelías. Personajes, situaciones, apuntes psicológicos logrados con nervio al que acompaña la fluidez y la gracia del estilo. No es difícil predecir a este libro un largo éxito.

XAVIER DEL RIO

MD





Los Libros



665 NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«La mortaja», de Miguel Delibes

Descubrir a estas alturas el soberbio escritor castellano, sería tanto como descubrir literariamente el Mediterráneo. Dice Miguel Angel Pastor, en su exhaustivo prólogo —que constituye uno de los más completos estudios realizados sobre la personalidad del autor— que en la novelística española, difícilmente hallaremos una personalidad tan atrayente. Un hombre en el que el oficio de escribir y los gajes de la popularidad no quebrantan su proverbial sencillez. «Alianza Editorial» ha publicado ya con este cuatro títulos de Delibes. El que nos ocupa engloba varias narraciones escritas desde sus comienzos hasta hoy. Constituye por tanto, como una antología de relatos —alguno de los cuales sirvió de germen para obras mayores— que nos dan la fisonomía total del escritor. «La mortaja» es impresionante por su patetismo; «Patio de vecindad», una estampa moderna y rica en cualidades humanas; «El sol», un ensayo vivo y lacerante. Todos, cada uno en su estilo y en sus diversas épocas, responden a las constantes del novelista vallsolletano: campo, muerte, infancia, amor. Y en todos brilla la asombrosa sencillez de una prosa pura, limpia y expresiva, que hoy se estudia como ejemplo de riqueza idiomática, en muchas Universidades extranjeras.



ECONOMIA INTERNACIONAL

Agosto, 70

LA MORTAJA, por Miguel Delibes.
— Edit. Alianza. Madrid.

Esta recopilación de nueve cuentos de MIGUEL DELIBES, cuya maestría para el relato corto es ya manifiesta, constituye una excelente piedra de toque para el conocimiento de las claves de su obra. Las diferentes fechas en que fueron escritos, entre 1948 y 1963, permiten apreciar tanto los cambios como las invariantes de su estilo y problemática. Algunos de los cuentos contienen, de forma incoada, temas o procedimientos que servirán para posteriores desarrollos narrativos de mayor aliento o madurez. LA MORTAJA es uno de los mejores relatos cortos de la literatura española contemporánea.



CONFIRMADO / Buenos Aires
12 agosto, 1970



La mortaja, por Miguel Delibes (Alianza Editorial, España, 193 páginas). Una recopilación de nueve cuentos que saca a luz los ejes principales de la narrativa de Miguel Delibes: el campo castellano y la vida de provincias en todos sus aspectos. Delibes maneja impecablemente el lenguaje popular, no como un fotógrafo (como un mero transcriptor) sino como un verdadero creador. También se revelan las cuatro constantes de su narrativa: la naturaleza, la muerte, la infancia y el prójimo. Cuatro constantes que dejan de ser abstractas apenas se toma contacto con el mundo organizado por Delibes, desde *Viejas historias de Castilla la Vieja* en adelante.

EL DIA
Sta. Cruz de Tenerife
19 agosto, 70



Por último presentamos el libro original de Miguel Delibes titulado "La mortaja". Este libro es una recopilación de nueve cuentos de Miguel Delibes. Las diferentes fechas en que fueron escritos—entre 1948 y 1963—permiten apreciar tanto los cambios como las invariantes de su estilo y problemática. Algunos de los cuentos contienen temas o procedimientos que servirán para posteriores desarrollos narrativos de mayor aliento o madurez. Así en "El amor propio de Juanito Osuna" encontramos una primera tentativa de monólogo interior que prefigura la técnica utilizada años después en "Cinco horas con Mario". Los dos ejes principales del mundo literario de Delibes, el campo castellano y la vida provinciana, están casi emparejados en esta selección, como por ejemplo "El conejo" y "El perro", "El patio de vecindad" y "Navidad sin ambiente".

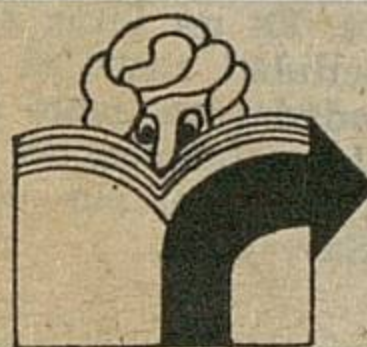
Con este volumen vemos una vez más el magistral dominio del lenguaje popular de Delibes. Se puede considerar "La mortaja" como uno de los mejores relatos cortos de la literatura española contemporánea.

EL COMERCIO / Lima

30 agosto, 70

**Cuentos
de Delibes**

30-8-70



Del narrador español Miguel Delibes, Alianza Editorial ha dado a la luz un volumen que reúne cuentos escritos entre 1948 y 1963. Las nueve piezas del volumen han sido seleccionadas tanto por su calidad literaria cuanto por su incidencia en los aspectos claves en la obra del autor. Vienen con el título de uno de los cuentos que integran la recopilación, *La mortaja*, considerado uno de los mejores relatos de la literatura española contemporánea. La edición trae prólogo de Miguel Angel Pastor. (198 pp.)



MIGUEL DELIBES, «LA MORTAJA»

Recoge este nuevo libro (5) de nuestro gran novelista, nueve cuentos que, como nos dice Miguel Angel Pastor en su atinado prólogo «Una aproximación a la obra de Miguel Delibes», pertenecen a distintas épocas de su carrera narrativa. Muerte, infancia, prójimo y naturaleza, he aquí las constantes reconocidas por el propio autor en su obra, distintas vertientes de lo que constituye un criterio humanístico progresivamente desarrollado a lo largo de una de las carreras literarias más sólidas de nuestros días.

De no valer este libro por la entidad de los cuentos que contiene—y algunos de ellos

(5) Alianza Editorial, Madrid, 1970.

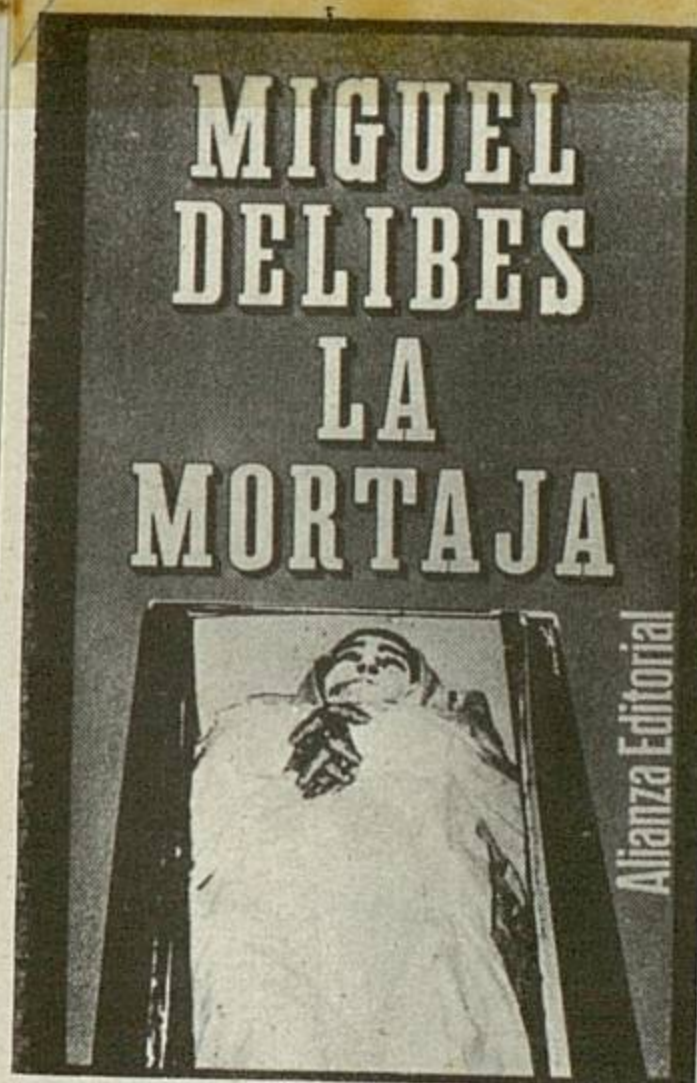
son pequeñas obras maestras—sería ya interesante en cuanto nos sitúa ante posibles antecedentes de algunas de las mejores novelas del autor. Tal ocurre, por ejemplo, con el titulado «El amor propio de Juanito Osuna», en que está prefigurado el monólogo que utiliza luego por extenso en su novela «Cinco horas con Mario». El largo período cronológico en que fueron escritos, desde 1948 a 1963—el prologuista da también la fecha de 1969 sin especificar a cuál se refiere—, permite la representación en esta obra de las diversas etapas creadora de Delibes.

«La mortaja», que presta su título al libro, es una magnífica narración. El tema, macabro en buena parte—los apuros de un niño solo ante el cadáver de su padre, al que desea amortajar—, no está recargado en los tonos sombríos a que pudiera haber dado lugar, ni tampoco resuelto en fácil sentimentalismo. El magnífico estudio de las reacciones del pequeño y la presencia del «Pernales», un vagabundo que le ayudará a realizar la piadosa tarea de vestir al difunto, y la no menos «caritativa» de apropiarse en beneficio propio de sus prendas, reduce la anécdota a sus verdaderas dimensiones, las que corresponden seguramente a la intención del novelista: el encuentro con la muerte de una de sus más desvalidas y tiernas criaturas.

Al lado de este cuento inaugural puede colocarse sin demérito «El amor propio de Juanito Osuna», otra muestra más del agudo sentido crítico del autor al fustigar, con apropiado sentido del humor, la vanidad de nuestra clase social alta, mientras «Las visiones» nos transporta, con el mismo procedimiento del monólogo—tan caro a Delibes—, a un estamento social totalmente opuesto, el de la clase rural pobre, con su lenguaje, tan recia y expresivamente popular. Del resto, trozos de vida todos, nunca detenidos en un superficial costumbrismo, destacaría para mi gusto esa «Navidad sin ambiente», con la que todos deberemos tropezar algún día, en que la invisible presencia de la ausente acaba por aguar una cena familiar de Nochebuena.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

Revista COSMOPOLIS
Septiembre, 1970



MD

LA MORTAJA,
por Miguel Delibes



Nueve cuentos de Miguel Delibes recopilados en esta obra. Abarcan de 1948 a 1963 y permiten apreciar tanto los cambios como las invariantes de su estilo y problemática. Algunos de los cuentos prefiguran futuros relatos más extensos como «El amor propio de Juanito Osuna» se encuentra —en la técnica del monólogo interior— en «Cinco horas con Mario».

ALIANZA EDITORIAL, Colección
El 'Libro de Bolsillo, núm. 233.

La Mortaja

Por MIGUEL DELIBES.— ALIANZA EDITORIAL, MADRID.



Este libro de Miguel Delibes, que recoge relatos escritos en distintas fechas en el lapso comprendido entre 1948 y 1963, permite establecer los cambios, tanto como las constantes en el estilo y temática del autor, y destacar, sobre todo, la extraordinaria maestría, el dominio que tiene para el relato breve.

La Mortaja comprende nueve cuentos, algunos de los cuales contienen, en germen, motivos y procesos que serán desarrollados posteriormente en formas narrativas más amplias; por ejemplo, "El amor propio de Juanito Osuna", es indudablemente la primera tentativa para estructurar ese monólogo interior que encontraremos años después en la técnica empleada en "Cinco horas con Mario".

"La Mortaja", el cuento inicial y que da título al libro, resume admirablemente la orientación del autor y las constantes de su obra que, reconocidas por el mismo, son la naturaleza, la muerte, la infancia y el prójimo. Además, en los cuentos de este volumen hemos de encontrar el contorno que sirve de escenario a casi toda la producción de Delibes, y que se mueve entre dos ejes espaciales: el campo castellano y la vida provinciana.

Otras características notables del escritor, que deben señalarse, son su capacidad para el aguafuerte, el sentido irónico del relato y, como instrumento literario, el gran dominio, el uso magistral del lenguaje popular.

DELIBES.³³ La búsqueda de un hombre distinto

"Alianza Editorial" publica "La mortaja", de Miguel Delibes. El título es el del primer relato de los nueve que integran este nuevo libro del escritor castellano.

Es curioso leer esta obra de Delibes por lo que en ella encontramos, los asiduos a su encendida prosa, de síntesis o proyecto de obras más desarrolladas. Delibes se enfrenta con una



técnica narrativa que, ciertamente, es de lo más vigoroso que se hace en prosa castellana actualmente. Es difícil encasillar a este autor porque su paleta expresiva adquiere rasgos diversos, lo mismo cuando bucea en el esoterismo del pueblo, las vivencias espirituales, que cuando toca el aguafuerte o pulsa ese atisbo poético, melancólico, dramático que queda flotando siempre en la salsa literaria de Miguel Delibes.

Quizás, en frase del prologista de este libro, Miguel Angel Pastor, encontremos esa unidad o esa síntesis ideal del escritor: «alumbrar a un hombre distinto». Es una frase, en realidad del mismo Delibes, pero que la recuerda Pastor como una síntesis o una primicia al enfrentarse con la textura del escritor.

Delibes bucea en lo humano, en lo que lo rodea, en su propia dimensión. A veces el escritor se siente con esa sensación terrible de que la vida es un espectáculo, un prodigioso espec-

PASA A LA PAGINA SIGUIENTE

Año XXXIX, NUM. 11.715

IDEAL MD
Granada
24/5/70

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

MD

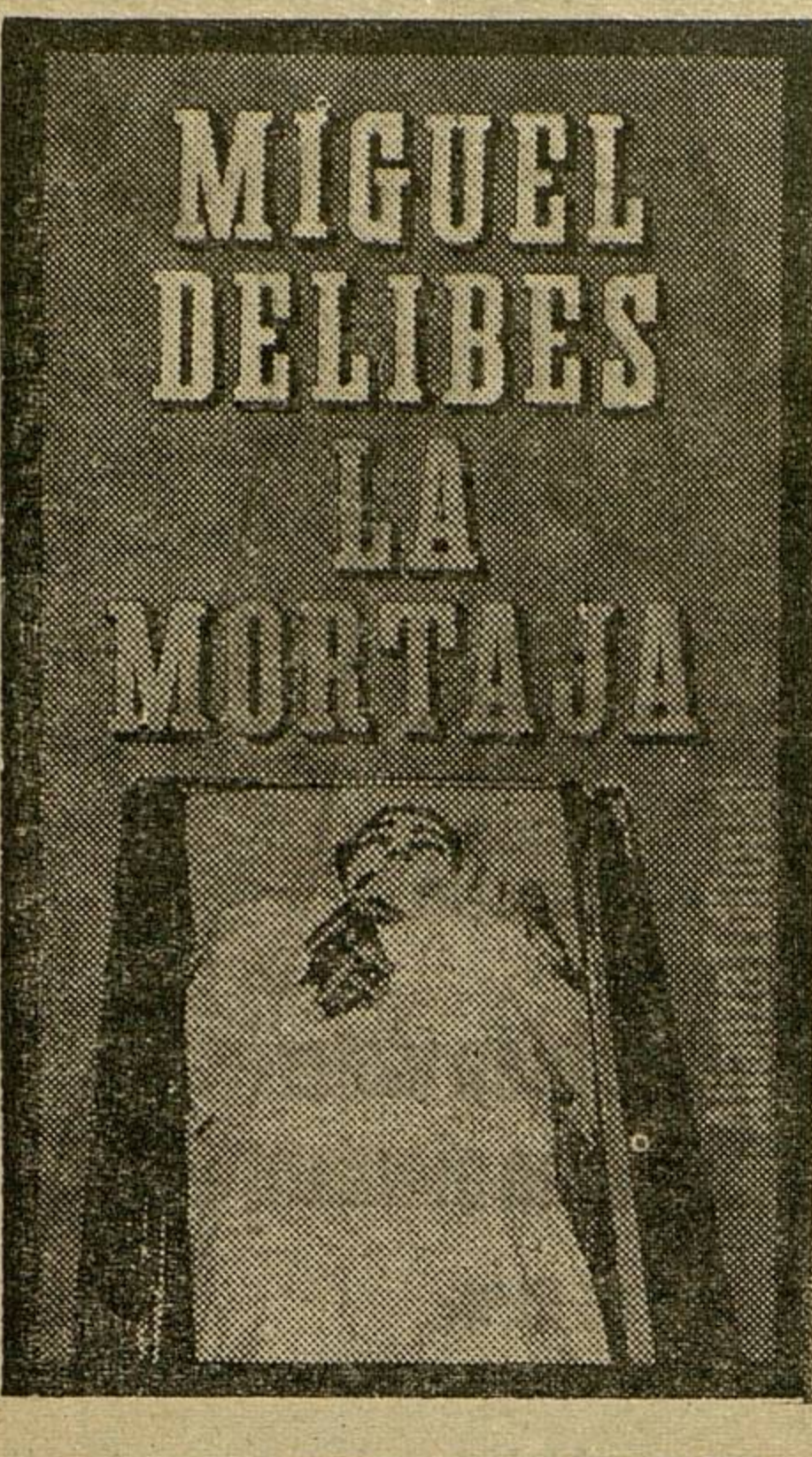
LIBROS

Comentarios a la actualidad literaria

MIGUEL DELIBES

PUES tiene razón Baltasar Porcel. Lo mejor de Delibes está hecho, en efecto, "de gentes, cosas, paisajes, animales y días en la honda Castilla rural, cotidiana, con casas de adobe y un riachuelo escuálido con tres chopos a la vera, donde una noche helada o una ráfaga de pedrisco significaría un año de miseria". Sobre este paisaje así descrito por el escritor catalán, reparemos en unos hombres que viven su vida y sufren su muerte —es decir, que nacen, crecen, trabajan, yacen y procrean y dan al fin con sus huesos en la hoya— sobrios siempre de palabras y de expresión —más

—más prestos al silencio y a la soledad que a la alquimia de las palabras que las más de las veces ahorran, tal vez por haber dejado de creer en ellas—, y tendremos el dintorno vital en que los personajes de Delibes se mueven. Ellos forman parte de una tierra que en palabras del novelista "recata una grandeza inefable en su misma desolación", y como ella son también sinceros, hostiles, tenaces, nobles... Por eso, para quien no conozca Castilla, quien no haya visto de cerca los pueblos de Castilla, parecerá a veces que Delibes incurre en la caricatura, incluso en el esperpento. Pero no es así. Los seres literarios que Delibes



Por José DEL RIO SANZ

crea, lo son de carne y hueso, hechos de dolor, amasados de soledad y de resignación, de silencio, de austeridad, de trabajo. Por eso, sus palabras —las palabras más bien escasas que estos seres modulan en los apartes de sus silencios incomunicados— son escuetas o íntimas; palabras sobrias como sus gestos, como el paisaje o los paisajes de su meseta, de su campo hirsuto y horizontal, casi arcaizante. Por eso cree Delibes que la influencia en Castilla de los escritores periféricos del 98 —Azorín, Unamuno, Machado: un levantano, un andaluz, un vasco— no es casual. Pues como serlo cuando —por lo menos a mí se me antoja así— Azorín Unamuno, Machado, son lo que son no porque ellos influyeran sobre Castilla, sino porque Castilla los hizo así; porque no es verdad que ellos crearan el paisaje, sino que fue el paisaje —Soria, Salamanca, Avila, Segovia— el que los creó a ellos al inducirlos a captarlo, a fotografiarlo en profundidad, es decir, en radiografía. Por eso mismo es Delibes uno de nuestros más caros y más claros escritores de esta hora. La escala vital que Delibes templea —muerte, infancia, naturaleza, prójimo— cobra realidad en sus libros porque el escritor logra reconstruirla, no en el laboratorio de una retórica o de un estilo desconectado con la vida, sino que es la realidad esa misma vida, íntima, simple, profunda, humana y entrañable e incluso hasta irónica, que el escritor traslada a sus descripciones, la que componen y reflejan los míseros y enormes propios personajes que pululan por su obra toda.

Y eso es lo difícil, lo verdaderamente difícil de su oficio de escritor: el captar esa aparente sencillez, ese aparente no hacer nada, no hablar, casi no pensar, casi no vivir, casi no morir de estos personajes que se echaron a andar por el río de sus novelas y de sus cuentos y que a su paso fueron dejando, van dejando una estela de vitalidad, de naturalidad, de esencia, de hombría, de humanismo. Esos seres inmensos que viven sus días en el agujero de su soledad o de su egoísmo, de su desaliento o de su resignación, de la costrosa y simple realidad trágica e inevitable del vivir la vida cada día —necesidad, costumbre, aburrimiento— y sin embargo esconden dentro de sí el dulce fruto de la solidaridad o del desinterés, de la ilusión renovada pese a la lima de los fracasos que mella sus logros; de la ternura que asoma, por ejemplo, en el alma de esos niños que el genio creador del novelista trasplanta y hace vivir como contrapunto también de la sordidez, de la crueldad, de la deleznable ganga, del profundo y desasosegante pesimismo que se enraiza en el hombre porque el mundo es así y como el mundo también la traza de los personajes que marginan las páginas de este escritor. Aunque si bien —y son palabras del propio novelista— "si el campo, lo rural está lleno de vicios, el campesino no es responsable de ello... Los pecados campesinos son, no solo más primitivos que los urbanos, sino también más discutibles. Y a "sensu contraia", la virtud campesina no solo más fragante que la urbana sino también más meritoria..." Con lo que Delibes, como se ve, se inclina por el campo, pues su alma es rural, pueblerina, propensa a lo natural, es decir a la vida natural, a la que la Naturaleza crea y ennoblece. "Todo depende de nuestra actitud ante el paisaje" —dice.

No es este lugar ni momento de hacer un estudio de su obra ni de los modos y moldes del escritor, sino solamente presentar al lector este puñado de narraciones breves que "Alianza Editorial" ha lanzado al mercado del libro y que, con un extenso e interesante estudio sobre el novelista, de Miguel Angel Pastor, nos marca el santo y seña —la señal en concreto, la huella, las motivaciones— los esenciales caracteres de la pequeña narración de Delibes como una participación, como anticipo o génesis, como síntesis previa de otras obras realizadas luego a una mayor escala. Pastor lo refleja en el prólogo antedicho y de ahí que interese su lectura como nota aclaratoria previa, perentoria necesidad más bien sólo para entendedidos, para eruditos, pues el lector común y sencillo no repara en la sobriedad escueta, en la expresividad, en los trazos indelebles con que se delimitan los caracteres o se construye el paisaje en que aquéllos han de reflejarse. Así desde "La mortaja" con que se inicia el volumen hasta "Las visiones" con que lo cierra, siempre la visión dolorida, patética diría yo de puro resignada, de estos seres que se enfrentan con su misterio hecho de renuncia, de soledad, de dolor, de tiempo que pasa inflexible, siempre igual, el mismo siempre. Campos de Castilla, pueblos, ciudades de Castilla de alma ahilada por los hombres marginados en el misterio de la vida, adocenados, sumisos casi siempre, siempre a la espera. Pero intensamente, tremendamente humanos. Llenos de una hombría sin límites y envueltos por el escritor en una inmensa ternura también para sacarlos así, para crearlos y recrearlos, para intentar resolver el enigma que sobre ellos gravita si es que no son ellos mismos el enigma. Seres de carne y hueso, vuelvo a repetir, cuyo pensamiento y voz, cuyo propio lenguaje balbuciente, nos será dado también con la máxima fidelidad por el escritor. Con lo que son tres los grandes aciertos de Delibes: haber creado un paisaje, habitarlo de seres auténticamente reales. Hacerles hablar el habla que les corresponde. Que en efecto, todo estaba allí, en la paramera de la meseta, en la Castilla real, auténtica y lejana, pero que ha sido él, el escritor, quien con la máxima sobriedad pero con un esfuerzo de titán los ha colocado dentro de nosotros rescátandolos de la vulgaridad, del olvido, de la intrascendencia. Convirtiéndolos en universales.

Poderes casi míticos. Una vez más, de un puñado de tierra, el genio creador ha hecho al hombre...

"LA MORTAJA". — Nueve cuentos de Miguel Delibes. — Prólogo-estudio, de Miguel Angel Pastor. — Alianza Editorial, 197 páginas. — Madrid, 1970.

FUNDACION MIGUEL DELIBES



DELIBES OTRA VEZ

Con una recopilación de nueve cuentos bajo el título del primero «La mortaja». No se trata de descubrir al maestro del relato corto. Pero los relatos recogidos en «La mortaja» ofrece una novedad que es ver los hitos de un camino. El libro recoge relatos de 1948 y 1963. Se aprecian cambios de estilística, incluso tentativas de monólogo interior que en «Cinco horas con Mario» alcanzará una cota de gran valor.

El campo castellano y la vida provincial, el aguafuerte y la fuerza del costumbrismo social impreso con delicadeza, revelan al maestro Delibes. Al «provinciano», por querencia propia, con un nombre muy definido en la narrativa hispánica. «La mortaja» es obra para releer y evocar la presencia de un hombre con dominio del castellano.

Lecturas

Por Luis HORNO LIRIA

"La mortaja" y otros relatos, por Miguel Delibes. Con prólogo de Miguel Angel Pastor. Vol. 233 de "El libro de bolsillo" de Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1970.

El primero de estos cuentos, incluido anteriormente en "Siestas con viento sur", es una impresionante demostración de la enorme fuerza de voluntad que puede desplegar un niño cuando la vida y las gentes le son adversas. Ese "Senderines" de Delibes, empeñado en que su padre, muerto ya, tenga velorio, no se quede solo, abandonado de todos como lo está ya él mismo, es un chico que se impone a todos por su tenacidad y que se graba para siempre en nuestro recuerdo. Como también lo consiguen los demás personajes de los otros cuentos: tal ese Juanito Osuna, a quien todos envidian y critican entre amargas, viperinas alabanzas; o esos radioaficionados que intercambian consuelos en sus comunicaciones intercontinentales al través del éter, como si estuvieran —y, en cierto modo, lo están— en un "patio de vecindad" cualquiera. O esos otros niños absortos por la muerte de un conejo. O ese torpón marido, tan solitario, tan abandonado, en su visita de día festivo a su hospitalizada esposa... Personajes cotidianos, que están ahí y que Delibes pone en pie, rebosantes de la humanidad que tienen y que nosotros no sabemos apreciarles. Delibes les hace hablar y vivir en ejercicios de expresión y de estilo magistrales. Cada relato es un primor y un paso dado hacia adelante por un camino distinto que, luego, habría de desembocar en muchas de sus novelas posteriores. Están presentes en el libro, como siempre en Delibes, los animales y el paisaje: perros, pájaros, conejos, campos abrasados o escarchados, luminosos o densos en la obscuridad temerosa de las noches. Se respira aire libre en estas páginas, pero también, otras veces, condensado hedor de habitaciones poco ventiladas, como vividas que están por gentes que no tienen más calor que el que ellos mismos se dan. Poca cosa parece ser un relato, breve cosa; pero cuando quien lo escribe o quien lo cuenta conoce su oficio y siente como nuestro autor, el resultado es de absoluta, categórica maestría. Estoy seguro de no exagerar al decir esto, y querría que mis lectores se ofreciesen la satisfacción de comprobarlo por sí mismos. No les pesaría.



LAS ARTES Y LAS LETRAS

en **EL DIARIO VASCO**

Narrativa corta de Miguel Delibes

DESDE hace ya bastantes años puede afirmarse que una obra nueva de Miguel Delibes es una obra importante. «La mortaja», que contiene varios relatos breves, es la última publicada por el escritor vallisoletano. Hoy me ha tocado hacer su comentario. A mí, que soy amigo personal de Delibes, el encargo me gusta. Y no puedo arremeter con la encomienda sin hacer, aunque sea leve, una alusión al comienzo de nuestra amistad.

Nos conocimos en Bilbao. El acudía a Deusto a dar una conferencia. Yo me trasladaba a la capital vizcaína por otros cometidos. Ambos íbamos acompañados por nuestras mujeres. Decidimos cenar juntos. Lo hicimos en la Parte Vieja. Observé, en la parte posterior de su coche, cartuchos de cazador. Observé que, durante la cena, Delibes sacaba de sus bolsillos diversos frasquitos de farmacia. Su mujer me dijo: «Es un maniático de los fármacos». Delibes, imperturbable, se tomó una gragea porque, según afirmó, le dolía la cabeza. Luego abrió otro frasquito e ingirió una segunda tableta. «La primera medicina me causa sequedad de garganta —dijo, a guisa de explicación— y ésta otra me la quita». Eso dijo.

«La mortaja», dicho qued5, es un libro de relatos. Delibes tiende siempre al relato, es decir, al relato corto. Cuando «La sombra del ciprés es alargada» obtuvo el premio Nadal, uno de los jurados del certamen, el crítico Rafael Vázquez-Zamora, me confesó: «En realidad, se trata

de un largo relato corto». Como quiera que los cuentos contenidos en este volumen se han producido en diversos momentos y años, a veces muy separados entre sí, es difícil buscar un común denominador que pueda aplicarse a todos ellos. Incluso, más que difícil, es inadecuado. Es por ello por lo que nos decidimos a realizar un somero examen de aquellos que, a nuestro juicio, son más significativos.

El relato que presta al volumen su título abre el libro. «La mortaja» es la historia de un niño castellano que, paulatinamente, ha ido perdiendo la estima de su padre por una suerte de miedos y temores que aquél menosprecia. El padre regresa una noche a su casa, bebido como en tantos otros sábados y se inmoviliza allí para siempre. El niño, que nada sabe de que su vida ya se ha extinguido, adivina que algo raro está sucediendo. «Presintió que algo fallaba en la penumbra, aunque de momento no acertara a precisar qué». Luego, la muerte llega al conocimiento del niño, mientras un grillo cebollero y una codorniz en celo cantan en la oscuridad. Pero el muerto está desnudo. Y hay que vestirle. El niño busca en la noche, en los vecinos, en la presencia ocasional de un vagabundo, los elementos para componer la triste mortaja de su padre.

Si las fronteras entre la novela corta y el cuento no fueran —que a veces lo son— tan difuminadas y evanescentes, diríamos que «La mortaja» es una novela corta. En todo caso, es

un relato perfectamente acabado. «El amor propio de Juanito Osuna» es un largo monólogo, pletórico de hallazgos, difícil de ejecutar, lleno de aciertos psicológicos. Un cazador habla de otro cazador que le ha aventajado en una competición y la mala sangre de la derrota le asoma sutilmente en un monólogo en el que, a toda costa, quiere dejar bien sentado que a él, la cuestión no le afecta en absoluto ni hiere en lo más mínimo su amor propio. «El patio de vecindad» es un cuento que apenas mejora el conjunto. Y, así, llegamos a «El sol». Esta narración, muy breve, es tal vez la más perfecta del libro. La cosecha ha sido mala. Las autoridades de una provincia castellana han arbitrado una fórmula para evitar el paro: la construcción de una carretera. Una mujer trabaja en ella, junto a los hombres que aplican el alquitrán. Cae, con fuerza, el sol. La mujer se protege de sus rayos, no vaya a ser que, en el próximo baile del pueblo, los mozos se aperciban de que ha trabajado en la carretera. Por ésta transcurren coches. Coches que llevan a las playas del Norte a los veraneantes. Se forma en el relato, entonces, un contrapunto perfecto. La mujer que busca el sol que broncee su piel y aquella otra que huye de sus rayos, se comunican, sin tocarse, en un diálogo lleno de sugerencias. Este nos ha parecido, insistimos, el cuento más acabado de toda la obra.

José María Mendiola
«La mortaja», de Miguel Delibes.
Alianza Editorial. Madrid, 1970.

ABC / Sevilla



Miguel Delibes

MD

DELIBES, EN BOLSILLO. Paulatinamente, Alianza Editorial está dando a conocer a los lectores de libros de bolsillo la obra de Miguel Delibes. Tras «La partida», «La primavera de Praga» y «Viejas historias de Castilla la Vieja» (que, por cierto, acaba de aparecer en segunda edición), ahora sale un volumen de narraciones al que da título la primera de ellas, «La mortaja» (ya publicado en el libro «Siestas con viento sur»). También está en este libro el Delibes de la caza (en los relatos «El amor propio de Juanito Osuna», «El conejo», «La perra»), el de la soledad del hombre («Patio de vecindad»), el de la crítica de los prejuicios sociales («El sol»), el del dolor de la provincia («La fe»). El variopinto Delibes, en fin, el sustrato de «Las ratas» y de «Cinco horas con Mario», que hay que rastrear en sus relatos breves.

"Se Mercurio"
Se Ecuador

39



PAGINA CINCO

5 DE MARZO DE 1972

LIBROS Y AUTORES

La mortaja

RUBEN ASTUDILLO y A.

- Miguel Delibes, es uno de los escritores contemporáneos en cuya obra se registra, con una insistencia y una intensidad casi impenitentes, el deseo de forcejear para que el mundo construya un ser humano diferente a esa Unidad —Insolidaria que hasta, para escribir o lograr su propia historia, no ha podido encontrar —con las suficientes excepciones que confirman la regla, desde luego —otro método u otra táctica que la destrucción de la historia y la vida de los demás.

- "Pese a su egoísmo insolidario, aún creo en el hombre" expresó alguna vez Miguel Delibes. Y a continuación, "los sistemas resultarán ineficaces —todos— si no alumbramos a un hombre distinto". En estas palabras encuentra Miguel Angel Pastor, la clave que también nosotros hemos hallado, de los escritos de este autor.

LA MORTAJA — Lanzado por "Alianza Editorial, desde Madrid — Es una recopilación de nueve relatos cortos, escritos entre 1948 y 1963, y que cumplen a cabalidad con la intención de los editores, ofrecer los cambios y las invariantes del estilo y la problemática literario social del escritor español a lo largo de esos años; como también la permanencia sistemática de temas y situaciones que han hecho de constante en su obra narrativa, temas y situaciones que una luego de una primera resolución, han servido para desarrollos posteriores de mayor aliento.

- Las narraciones recogidas en este volumen, reiteran lo que puede llamarse la vocación de este autor, por escribir sobre: la naturaleza, la muerte, la infancia y el prójimo. En todos y cada uno de estos escenarios, Delibes no hace sino testimoniar hechos. Hechos que en un mundo y en una era como la que vivimos, apenas si pueden capitalizar otras realidades que las del dolor humano, la desintegración, cargas y recargas

de injusticias y de frustraciones. Como escritor, Delibes ha escogido ser un cronista de su época. La fidelidad, dura y desnuda, con que da su testimonio, ha llevado a muchos críticos a destacar el pesimismo, como una de las características de la narrativa delibiana.

- Sin embargo, y pese a los argumentos que se pueden esgrimir en respaldo de dicha característica, imposible desconocer cómo el autor se esfuerza por avisorar, cuando menos, alguna puerta de salida del círculo. Pese a las tragedias que relata o por la experiencia dolorosa de las mismas, Delibes plantea su compromiso con el hombre, desde vértices tales como: la necesidad imprescindible de respeto a la libertad humana, desaparición de los mitos históricos y nacionalistas, y una pronta incorporación de los hallazgos más valiosos de una socialización inteligentemente meditada, que acabe con la explotación del hombre por el hombre. Delibes ofrece desde sus cuentos, como desde sus novelas, el testimonio angustioso de un ser que a todo trance quiere ubicarse en la esperanza, y ubicarles con él, a los demás.

- En lo que a técnicas y a logros estilísticos se refiere, LA MORTAJA y el resto de cuentos, son una muestra más de aquello que siempre se ha destacado en Delibes: su facilidad tremenda para el diálogo, su fidelidad al castellano, su sobriedad en el manejo de las palabras. "Lleva a sus obras, lo más espontáneo, directo y sonoro del idioma, rescatando giros, modismos, frases hechas e incluso vocablos tenidos en cuarentena por los puristas academizantes", anota Miguel Angel Pastor, como algo que todavía no se ha valorado en lo que se merece, de entre las muchas cualidades de la prosa delibiana.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES